
Los Ramilletes

Emilia Pardo Bazán

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 6697

Título: Los Ramilletes

Autor: Emilia Pardo Bazán

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de mayo de 2021

Fecha de modificación: 10 de mayo de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los Ramilletes

Un paseo —díjome Servando— a las horas concurridas, por la acera de la calle de Alcalá, que desde hace muchos años está bautizada con el nombre de mar de las de Gómez, o por la playa de Recoletos, en que se sienta la gente de a pie a ver cómo desfila el boato de los trenes, es un filón de asuntos regocijados para un sainetero y un trozo de dolor humano para un novelista. Dolor pequeño, envuelto en apariencias cómicas, y por lo mismo más punzante.

La observación y la sensibilidad se afinan cada día; llegamos a tener en carne viva el corazón. ¿A qué sentir males que no podemos ni aliviar? Y, sin embargo, los sentimos, y sobre nuestra serenidad destiñen manchones de melancolía las miserias ajenas. La melancolía de lo frustrado, de lo inútil, de lo ridículo... ¡Sobre todo, lo ridículo, que tanto hace reír, es infinitamente, profundamente melancólico!

Todo el contenido amargo de las reflexiones que sugiere el gentío aglomerado en esas vías madrileñas me dio por encerrarlo en un solo sujeto: una muchacha rubia vistosa, que indefectiblemente ocupaba, con su mamá y su hermanita pequeña, las sillas más próximas al quiosco de las flores. Desde lejos creyerais que era alguna señorita del gran mundo. La nivelación en el traje, en las modas, es uno de los absurdos de nuestra civilización, y los recursos y triquiñuelas del falso lujo, el suplicio y el bochorno del hogar modesto. Poco valían aquellas plumas alborotadas del sombrero amplísimo, aquellos encajes del largo redingote, aquellos guantes calados, aquellas medias transparentes; no podían deslumbrar a nadie el hilo de perlas, el brazalete-reloj, la sombrilla con puño de nácar figurando una cabeza de cotorra;

pero así y todo, iqué sacrificios no suponían, vistos al lado de la capota ya rojiza de la mamá y el dril cien veces lavado del blusón de la hermana menor!

Rondando por allí, me fijé más despacio en la rubia. Lo mismo su traje que su belleza querían ser vistos de lejos. Las plumas eran ordinarias y tiesas; el encaje, basto; los guantes, zurcidos con habilidad; las perlas, descaradamente falsas; el brazalete, de simil; el pelo, teñido baratamente con agua oxigenada; la tez, clorótica al través de la pintura, y la mano, huesuda y curtida bajo el calado, mano que en el secreto del domicilio tiene que empuñar la escoba y mondar el medio kilo de patatas... En su actitud —estudiadamente artística, tendiendo a la silueta de cubierta de semanario ilustrado— se descubría, a pesar suyo, el cansancio que engendra todo lo que no es natural, todo lo que se hace únicamente porque nos miran... La sonrisa, violenta como la de las bailarinas cuando jadeantes dan gracias al público, se exageraba al pasar un hombre que fijase en la rubia esa ojeada, curiosa e indiferente a la vez, del desocupado. Un hombre, claro está, vestido con el mismo ropaje de las personas decentes, disfraz tantas veces del extremo apuro económico; para la rubia los de chaqueta no existían.

Ojos y labios forzaban su juego; pero ningún transeúnte se detenía, deseoso de entablar conversación. Una mirada de soslayo, tal vez un trillado piropo...

Nada más. Con el instinto de los merodeadores callejeros, que rara vez se equivocan al juzgar la posición social de una mujer, adivinaban la honradez y la estrechez, las pretensiones y la bambolla... y comprendían que allí se buscaba marido lícita y legalmente, y ni por sueños nada pecaminoso. El espectro de la Vicaría helaba la sangre a los que, encaprichados un momento por la vista del pie, arqueado y breve, cautivo en estuche de cuero gris, se hubiesen sentado de buena gana a gastar un rato de palique con la rubia del sombrero atrevido y el peinado a la Cleo...

Las osadías postalescas del traje..., icómo contrastaban con la realidad, encogida, mezquina, menesterosa del vivir de la rubia! Al contemplarla así, enguantada, calzada de fino, oscilando el plumaje clorón sobre el cuello velado de tul, iquién creyera que al volver a casa, depuesto el disfraz, cayese sobre ella todo el peso del menaje, porque no tenía criada, y la madre sufría violentos ataques de un asma que la impedía acercarse al fogón! La rubia hacía de fregona, guisaba..., ia bien que allí había que guisar tan poco! Las sopas de ajo, con su olorcillo castizo y doméstico, parecían cantar un anticuado himno a la virtud efectiva de la rubia, una virtud escondida, como se esconden los vicios... Y engullida la humilde pitanza a la luz de la candileja de petróleo, velaba la señorita hasta las dos de la madrugada, volviendo patas arriba sus pingos, transformando el redingote en fígaro, el sombrero de campana en chambergo, lavando los guantes, almidonando un tantico el volante fru-fru de las enaguas... Era preciso variar, sorprender con una nueva combinación de elegancia suprema a los transeúntes, por si alguno se fijaba, y el Mesías conyugal —capitán de Infantería o empleado en Hacienda— surgía en el horizonte.

Ocurrió que la fascinación compasiva que me obligaba a observar frecuentemente a la rubia, estudiando el artificio complicado y laborioso de sus galas y el heroico esfuerzo de su sonrisa, la hicieron creer... Fue una cosa cruel de esas que nos abruman con el remordimiento de malas acciones no cometidas y, sin embargo, presentes en la conciencia. Mi manía de estudiar, de analizar y descomponer la vida que pasa a mi lado, había producido este fruto: una ilusión en la pobre cabeza blonda —blonda artificial—, y para lo venidero la semilla de una decepción acerba. Yo seré siempre en las conversaciones familiares «aquel que te dio el camelo...», «aquel tipo que te creíste que te hacía el amor...». Y la mirada burlona de la hermana pequeña —una chicuela despabilada ya— se le clavará a la mayor, como alfiler de a ochavo, en la cara y en las entrañas... Así es que me sentí

culpado, reo de algo malo y duro, de un desalmamiento, y decidí desaparecer —el recurso de los cobardes—. Por una de esas anomalías del sentimiento, tan frecuentes en los imaginativos, no quería, sin embargo, dejarle a la rubia —ipobrecilla!— un mal recuerdo. A fuerza de discurrir, tuve una idea... desastrosa.

Ya he dicho que las tres sillas ocupadas por la señorita de medio pelo y su familia estaban cercanísimas al quiosco de las flores. Más de una vez, al observar, vi que los ojos de la muchacha se posaban en la embalsamada cosecha traída de Valencia o de Murcia, los mazos de claveles cuyos rabos empapaba y salpicaba de bolas de azófar el agua, los haces de rosas y de narcisos cuyos colores claros reían al sol. Adivinaba yo la amante debilidad de la mujer joven por las flores, el ansia de rodearse de ellas, de prenderlas en su pecho, de disponerlas en un búcaro sobre su tocador... cuando lo tiene. Y el último día en que paseé por Recoletos di una orden a la florista, y la entregué un billete de Banco... Todo el mes recibió la rubia por las mañanas, en su casa, un ramillete fresco: tales eran mis órdenes, y me enteré de que se cumplían puntualmente.

—¿Y no sabes el efecto que le hizo a la cursi un obsequio tan galante? —pregunté a Servando, que al terminar esta larga relación se había quedado pensativo.

—¡El efecto! —Servando saltó—. ¡Sí; lo supe, por desgracia, al cabo de mucho tiempo... y casualmente, como se sabe, por lo general, lo que más puede afectarnos!... La hizo un efecto... ridículo, como todo lo suyo... No pensaba sino en mí... Se... se preocupó... de un modo tal, que... que enfermó... y... al cabo...

—¡Basta...! —exclamé—. Ya, ya entiendo... ¡No te habrás hecho mala sangre por eso, criatura! Esas chicas insuficientemente alimentadas, sin higiene, torturadas de vanidad, en espera febril de lo que no llega: del esposo, de la posición, son candidatos naturales a la tisis.

Servando movió la cabeza, suspiró, y en toda la tarde se le pudo sacar del cuerpo otra palabra.

Emilia Pardo Bazán



Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921), condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciente española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo.

Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela Los Pazos de Ulloa (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una "doma" a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.